

LA NIEBLA



Aérea, ligera, como el sueño plácido, surge del río cual la oración del alma; elevándose al cielo, sutil é impalpable flota en el espacio como la idea en la mente.

Vuela unas veces, llevada por el viento, como ave gigantesca que azota el vacío con sus alas; otras, tranquila, majestuosa, se agarra á los árboles como la pena al corazón, y flamea allí, rompiéndose en girones, como bandera abandonada, sin defensa y sin gloria.

Semeja, barrida por el huracán, visión fantástica de endriagos y apariciones, y corriendo sobre el lago sereno, figura en gasas de cristal cernido, que envuelve en sus pliegues cohortes de ondinas que juegan con las linfas de las aguas.

Del torrente que se despeña, brota entre el fragor de la cascada que se deshace en perlas, como encaje de plata; y vela á la luna en su pálido disco, como el cendal á la Virgen.

Arrastrada por el cierzo, parece la humareda que el tronar del cañón deja en el aire, y rodando por la cresta de la montaña, la nube de polvo que ejército invisible levanta en su carrera.

Como la ilusión al contacto de la realidad, se disipa al beso del sol; como el ensueño feliz, que se borra con el despertar, desaparece la niebla entre las sombras de la noche que huyen al alba.

Es rauda como el placer; ligera cual la felicidad, que pasa tan pronto; engañosa como la ilusión, que al tocarla se desvanece.

Cubre como sudario la cruz de la alta torre; extiende su manto de escarcha sobre el campo abandonado y frío de los rigores del invierno.

Se despliega en la alborada la rosa entre la filigrana de sus hilos invisibles, y se duerme, al ocaso, entre las vedijas flotantes de sus tules que con su frescura la devuelven la vida que el calor le robara antes.

Nace como la noche, y muere como el día; surge de los ríos y se disipa en lo alto cansada de subir y de subir, tendiendo á lo infinito.

Como el hombre, cuanto más se eleva más se desvanece; como el amor todo lo llena de misterios y encantos.

Es alada como la fantasía de un poeta; movediza, cual pensamiento de mujer; tenue, como el alma de los niños.

Da con el sol, al cielo, todos los matices de la paleta, y rompe sus rayos en mil colores; apaga el fulgor de las estrellas y amortigua el del astro del día; envuelve á la noche en sus cándidos velos y allá, al amanecer, cuando el claror del alba lo alegra todo, se rasga en pedazos y deja al astro-rey levantarse radiante, orgulloso, espléndido, sembrando la luz inextinguible por los espacios y llevando á cuanto alumbra el amor y la vida.

HERMINIO DE MADINAVEITIA.

LA BRISA



Nace la brisa al descender del cielo
El día bello con sus alas de oro,
Cuando divino cántico sonoro
Eleva el mirlo desplegando el vuelo.

Ora parece retratar del suelo
De invierno rudo el angustiado lloro,
O refleja magnífico tesoro
De primavera el juvenil anhelo.

Así también la tímida doncella
Expresa su alegría ó su querella
Al soplo puro de distinta brisa.

Y esta aura suave, deliciosa y pura,
Si llora ó ríe aumenta su hermosura,
¡Rasga su velo y nace: la sonrisa.....!

MANUEL MUNOIA.

